

Capítulo 91 - - El Sol también es una Estrella - Una Guía Práctica sobre Hechicería [Libros 1- 4, Estando en julio 3]

- Capítulo 91 - - El Sol también es una Estrella - Una Guía Práctica sobre Hechicería [Libros 1-4, Estando en julio 3]

Capítulo 91 - - El Sol también es una Estrella - Una Guía Práctica sobre Hechicería [Libros 1-4, Estando en julio 3]

Sebastián

Mes 1, Día 21, jueves, 11:30 a.m.

Siobhan luchaba, desesperada por escapar, pero estaba atrapada en un cuerpo que no le obedecía.

Un picante golpe en su mejilla le ofreció una salida. Se despertó con un jadeo voraz de aire, incorporándose de golpe en una cama que no reconocía—una habitación que no conocía—con alguien sosteniendo sus brazos a los lados, ¡reteniéndola!

Entró en pánico durante unos segundos. Luchando contra la firmeza de las cadenas, emitió un gemido bajo y de pánico, mientras buscaba por su Conductor, que no estaba allí—hasta que la cara familiar, aunque fatigada, de Damien, se aclaró frente a ella.

Él la mantenía con fuerza para que no se descontrolara y se saliera de una camilla de la clínica universitaria. “¡Ayuda! ¡Necesitamos ayuda aquí!”, gritó, girando la cabeza. “Sebastián, estás bien. Estás a salvo”, dijo con una voz más baja y calmante que no logró ocultar la preocupación que llevaba en su interior.

El sonido de su propio nombre ayudó a anclarla, y dejó de luchar por escapar, parpadeando rápidamente con sus ojos grises, tranquilizadores.

La sanadora se acercó rápidamente. “¿Ataque de pánico?”

“Tuvo una pesadilla”, explicó Damien. “Intenté despertarlo, pero no quería, así que lo toqué—quizá un poco fuerte—en la mejilla, y despertó luchando y haciendo ruidos como si se hubiera lastimado”.

“Estoy bien,” murmuró Sebastián, todavía respirando con dificultad, mientras el golpe fuerte de su corazón contra su pecho comenzaba a aliviarse. Miró a su alrededor, incapaz de dejar de lado su paranoia, o la molesta sensación de que estaba viendo cosas que no deberían existir en su campo de visión. De alguna forma, los signos evidentes de pánico fueron un alivio. Su cuerpo respondía de manera fiable a los estímulos que su mente enviaba, la cual tenía muchas razones para la histeria.

“Le administramos una poción calmante potente junto con un sedante—me sorprende que todavía haya tenido pesadillas—pero los sedantes pueden dificultar la transición del sueño a la vigilia. A veces producen sonambulismo y cosas similares”. La mujer se volvió hacia Sebastián, sacando un frasco del bolsillo de su delantal. “Señor Siverling, todo está en calma. Está seguro en la clínica de la Universidad. Usted sufrió un gran susto, pero aquí no corre ningún peligro. Necesita descansar para recuperarse, así que ¿le preparo otra poción calmante y, cuando se sienta mejor, le ayudamos a volver a dormir?”

“¡No!” espetó Sebastián. “No más pociones calmantes. No más sedantes. Ni ahora, ni nunca más. ¡Nunca! Tengo una reacción adversa”. La profesora Lacer debió haberlo trasladado a la enfermería después de lanzar ese hechizo de sueño sin permiso. Con los sedantes impidiéndole despertar por sí misma, había quedado atrapada en su propia mente. Con sus pesadillas.

La mujer pareció sorprendida. “Lo siento mucho, señor Siverling. No estaba en su expediente. ¿Es alérgico a algún ingrediente en particular? ¿Quizá a la amapola risueña? Disponemos de alternativas de infusiones—”

“No,” repitió Sebastián con mayor insistencia. “Solo con mi permiso, las pociones calmantes, pero nunca los sedantes. Nada que me obligue a dormir.”

Hubo una pausa incómoda antes de que Damien hablara, con una voz pequeña, casi infantil en su hesitación. “¿Eso fue lo que te hizo el Anómalo? ¿Forzarte a dormir?”

Los ojos de la sanadora se abrieron de par en. “¡Oh! Lo siento mucho, señor Siverling. Solo era procedimiento normal—”

Sebastien ignoró a la mujer, bajándose de la cama y buscando sus pertenencias. Alguien la había despojado de su ropa interior y vestida con un pijama de algodón desgastado—el uniforme estándar para todos los ingresados en la enfermería durante la noche, aparentemente, ya que observó que otros llevaban la misma ropa en sus propias camas.

Todas las contusiones que había acumulado la noche anterior habían desaparecido, y alguien la había limpiado con un hechizo. Tenía la piel seca e irritada como prueba, y sus uñas estaban limpias de la sangre que rodeaba sus bordes. El Agente Vernor había notado esto y le había tomado una muestra, pero Sebastien explicó que probablemente había tocado accidentalmente algo de sangre en el suelo. No había evidencia suficiente para sospechar que ella había sanado al Jefe o lo que fuera que se llamara el hombre Morrow, parapléjico.

Que Thaddeus Lacer, siendo maestro de Sebastien, probablemente influía mucho en cuán complaciente había sido la Guardia Roja. Tal vez, sin él, ella habría acabado encerrada en una celda sin ventanas en Harrow Hill durante la investigación, y en general, mucho menos capaz de

engañarlos.

Las pertenencias de Sebastien estaban guardadas debajo de la cama, y un rápido vistazo mostró que no faltaba nada. A su derecha, aún tenía en la punta del zapato el Conductor de zafiro negro en forma de estrella, aunque había caído en su interior. No mencionó nada, y solo pudo esperar que nadie hubiera notado cuando la desvistieron. —Sal,— ordenó.

La sanadora, que aún balbuceaba sobre algo, quedó en silencio, mirándola.

—Quiero vestirme— explicó Sebastien.

—Debes quedarte al menos veinticuatro horas más para observación— argumentó la mujer. —El Profesor Lacer indicó que podrías estar en riesgo de sufrir tensión por la Voluntad a causa de tu... experiencia.

—Estoy bien. Quedarme en este lugar ciertamente no mejorará mi salud mental. Solo quiero irme—.

La sanadora dudó aún, por lo que Sebastien se volvió hacia Damien. —Por favor.— Como maniobra, fue torpe en el mejor de los casos, pero tuvo el efecto deseado.

Damien se volvió hacia la sanadora y cruzó los brazos. —Yo me encargaré de los trámites—.

—Pero el profesor Lacer—

—Puede hablar conmigo si tiene alguna queja. Si me pregunta, dígle que así fue.—. Como adulto, no puede, por ley de la Corona, mantenerla contra su voluntad, incluso a sugerencia de un profesor, a menos que sea considerado un peligro para otros. Aseguraré que Sebastien tenga el descanso que necesita en un lugar donde se sienta más cómoda. ¿De verdad, dormir a la vista, con solo una cortina para la privacidad? ¿Y eso que llaman cama es una losa? Inaceptable—.

Al partir para gestionar los trámites, con las quejas de Damien resonando aún, Sebastien cerró las cortinas y utilizó la privacidad para revisar más minuciosamente sus pertenencias mientras se vestía. Incluso las pulseras delgadas y rotas que había quitado a Newton todavía estaban en su bolsillo. —Gracias a las estrellas del cielo, que nadie decidió revistarme mientras estaba inconsciente. Necesitaré hablar con el profesor Lacer sobre respetar mis límites, pase lo que pase, sin importar lo que tenga sobre su cabeza. Esto no puede volver a suceder—.

Damien regresó, permaneciendo fuera de la cortina mientras Sebastien luchaba por abotonarse, con dedos lentos y torpes por el sedante aún en su sistema. —El profesor Lacer consiguió un permiso para que te ausentes de clases y tareas hasta el miércoles próximo, así que podrás recuperarte con calma—.

Una oleada de alivio sorprendió a Sebastien. —Está bien. Bueno. Me voy—. Salió, ajustando la correa de su bolso en el hombro. El peso le provocaba ganas de rendirse y volver a acostarse. El Conductor de zafiro negro estaba de nuevo escondido en su zapato, y su Conductor de celerio prestado en un bolsillo de fácil acceso. La chaqueta del profesor Lacer estaba doblada en la mesa

de noche, y tras una breve duda, decidió dejarla allí.

¿Te vas? ¿Salida de la enfermería?

¿De la Universidad?

¿Para siempre? preguntó Damien, horrorizado.

No, claro que no. Hasta el miércoles. Puedes entregar mi pase a los profesores, ¿verdad? Solo una semana me parece insuficiente.

Los dedos de Damien se flexionaron, como si intentara mantener el control de la situación. “Eh, no estoy seguro de si te permiten simplemente irte. Los estudiantes deben vivir en los dormitorios.”

Me voy,” repitió ella. “Volveré el miércoles. La facultad tendrá que aceptarlo, y si sienten que deben castigarme de alguna manera cuando regrese, así sea.” No soportaba la idea de estar atrapada en los dormitorios, escuchando chismes, intentando descansar en una habitación diminuta sin una puerta o techo decente, rodeada de curiosos imbéciles.

Los ojos enrojecidos de Damien recorrieron su rostro. “Si quieres, puedes quedarte en mi casa. La propiedad de Westbay tiene muchos sirvientes para cuidarte y una biblioteca impresionante. Estoy seguro de que a mi hermano no le importará, y mi padre está fuera, así que no tendrías que preocuparte por él.”

Sebastien se dio cuenta de repente que Damien había pasado toda la noche despierto o había llorado antes de que ella despertara. Las ojeras hinchadas indicaban lágrimas, pero, por otro lado, él siempre parecía así, incluso después de dormir toda la noche. Su nariz no estaba roja y no estaba tosiendo ni ronco, pero eso solo significaba que ya había pasado suficiente tiempo para que los síntomas desaparecieran, o que había utilizado un hechizo para acelerar el proceso. De cualquier manera, ella se obligó a relajarse un poco, desbloqueando su mandíbula y asentando con la cabeza hacia él. Estaba preocupado y solo quería ayudarla. No había motivo para ser grosera. “Gracias, pero no. Tengo a dónde ir.”

Damien parecía querer responder más, pero se contuvo. “Si estás segura... Realmente te sentirías muy cómoda en la Mansión Westbay. Podrías estar sola todo el tiempo que quisieras. Sin idiotas que te irriten, e incluso puedes ordenar a los sirvientes.”

Una esquina de su boca se curvó en una pequeña sonrisa, pero ella negó con la cabeza en silencio y se dirigió hacia la puerta.

Damien la siguió.

Al salir de la enfermería, el frío golpeó a Sebastien como un fuerte empujón, y se encorvó sobre sí misma, conteniendo un agotado gemido.

“Cuando sonaron las sirenas de magia descontrolada, pedí una carroza para volver de inmediato a la Universidad,” dijo Damien. “Luego, mi brazalete, el que tú hiciste para Newton para advertirnos,

se congeló por completo. Seguí esperando que también se enfriara el tuyo, pero no fue así. Pensé que tal vez eso era una buena señal, pero cuando regresé, tú ya no estabas. Revisé los dormitorios, la biblioteca, incluso la Menagerie. Tanya y Newton también habían desaparecido, así que supe que algo había pasado. No les pedí ayuda porque no quería empeorar las cosas. Fui a las puertas a esperarte, o a ver alguna señal de problema en la ciudad, como en la pelea del grupo la última vez. Intentaron hacerme volver a la cama, pero no escuché. ¡Incluso me dieron una amonestación!”

Damien se rió con ironía y luego prosiguió, hablando aún más rápido. “Escuché a un profesor decir que un estudiante había estado involucrado en la ruptura del Aberrante, y traté de preguntarle detalles, pero no me quisieron decir nada. Entonces llegó el profesor Lacer, y estaba flotando tu cuerpo inconsciente a su lado. Pensé que quizá estabas muerta.”

Damien estremeció al mirar a lo lejos. “Te veías tan pálida. Però él te llevó a la enfermería. Solo estabas dormida, y estaba preocupado por la posible tensión con Will...” Damien tragó saliva, mirándola. “Dijo que habías experimentado un acontecimiento traumático. Pero aún así no quiso darme detalles, aunque sabe que somos amigos.”

Por suerte, los dormitorios estaban vacíos, todos los estudiantes en clase. Sebastien había dejado su chaqueta de lana en la Puerta de Seda, junto con el atuendo masculino que llevaba puesto, pero tendría que recuperarla más tarde. Comenzó a abrigarse con la ropa más cálida que le quedaba.

Damien la observó durante un rato, luego continuó informándole sobre lo ocurrido en su ausencia. “Trajeron de vuelta a Tanya Canelo, pero no la mantuvieron en la sala principal de la enfermería, así que no pude hablar con ella. Parecía... horrible. Peor que tú, incluso. Los policías vinieron y la escoltaron esta mañana. Y Newton no volvió en absoluto. ¿Estará...?”

Sebastien se detuvo, su bufanda casi enrollada alrededor del cuello. “Newton está muerto,” dijo suavemente.

Damien retrocedió en sus talones, sus ojos cerrándose como si le hubiera pegado. “¿Qué pasó? ¿Fue Canelo...”

Sebastien negó con la cabeza, apretando la garganta. Su sombra-familiar había sido diseñada para desviar la atención, pero en cambio atrajo demasiada, demasiado miedo. Quizá, si no fuera por ella, Newton no habría perdido el control y se habría roto. No habría habido cuerdas, ni gente muerta... salvo ella, caída a manos de los Morrows. Sebastien tragó con dificultad, sintiendo mareo. Levantó una mano hacia la frente, cerró los ojos y respiró profundo.

Cuando los abrió, Damien se había acercado, con la mano levantada a mitad de camino, listo para apoyarla. “Estoy... restringida en lo que puedo decir sobre los detalles.” Le lanzó una mirada significativa, esperando que entendiera la indirecta.

“¿Tuviste que hacer un voto mágico? ¿Al Guardia Roja?”

Con duda, asintió. Nada la detenía, aunque sintió cierta resistencia interna.

¿Mató Newton el Aberrante?

Se pasó la lengua por los labios secos. “No... exactamente.”

Damien exhaló un aliento áspero y entrecortado. “¿Newton era el Aberrante?”

Asintió de nuevo, más superficialmente, porque podía sentir cómo la magia del voto la restringía. En los ojos del conjuro, Damien no debía saber lo suficiente para que ella pudiera comunicarse libremente. Y sea lo que sea que ese cráneo hubiera hecho, este voto se basaba en la compulsión, no en la amenaza de castigo. ‘ ¿Qué tan fuerte es la compulsión, cuánto puedo presionarla? ’, pensó, dudando antes de intentar contarle toda la verdad a Damien. En parte, porque le preocupaba que el Guardia Roja pudiera de algún modo descubrir su infidelidad—no tenía ni idea de cómo funcionaba ese artefacto, después de todo—, y en parte porque estaba demasiado fatigada para hacer el esfuerzo. “Lo siento. Realmente no puedo hablar de esto. Si quieres detalles, el Profesor Lacer conoce la mayor parte, aunque no sobre el orden sin nombre o nuestra vigilancia prolongada de Tanya. Podrías obtener más información si le preguntas algo insistente.”

¿Estás... estamos a salvo?

Hasta donde sé, sí. Pero deberías evitar actuar con sospecha. Y dame la pulsera—the que Newton activó. La que él provocó al quitar las pruebas del cuerpo metamórfico de Newton.

Damien hizo lo que ella pidió, y ella la guardó en su bolsillo junto con las otras, intentando recordar si había algo más que pudiera causar problemas. No se le ocurría nada, aunque en su estado actual no se sentía completamente tranquila por ello.

—¿Murió Newton a causa nuestra? —preguntó Damien, visiblemente preparándose para la respuesta—. ¿Porque lo traímos para que viera a Tanya?

Sebastien vaciló. —Nunca le mentimos —respondió ella en lugar de contestar—. Si un policía muere en el trabajo, ¿es culpa del que lo contrató? Aunque haya aceptado voluntariamente una misión más peligrosa, cuando no tenía que hacerlo.

Damien no apartó la vista de su mirada. —Quizá. Si esa persona nunca debió ser contratada. Si no estaba preparada para el trabajo, y además no recibió la capacitación adecuada.

Ella asintió. —Entonces quizás. —Se dio vuelta para marcharse, pero Damien la detuvo con una mano en su brazo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Ella dudó. —Puedes salir —de la alianza que hicimos, de ese grupo secreto— si quieres. Tu voto de confidencialidad sobre todo lo ocurrido seguiría en pie, pero no estarías involucrado en nada más. Esto podría ser un punto de inflexión peligroso para él. Si se retiraba, podría resolver algunos de sus problemas, pero ella se sentía ambivalente ante esa idea. Sin él, estaría aún más sola en todo esto. No se había dado cuenta, pero su alianza—su amistad—se había convertido en un pilar de apoyo, a pesar del potencial problema que él representaba.

Damien frunció el ceño. —No, yo— no quiero decir eso —balbuceó, sacudiendo la cabeza—. No voy a abandonar la estrella de trece picos. Esto es horrible, pero no voy a rendirme ni huir. Solo quiero saber cuál será nuestro próximo paso, ahora que algo así ha ocurrido. ¿Vamos a ser sancionados por los superiores? ¿Seguiremos vigilando a Tanya? ¿Nos transferirán a otra misión? ¿Qué está pasando?

—No lo sé —admitió ella—. Creo que no seremos sancionados. Después de todo, aparte tal vez de Oliver, nuestra pequeña organización no tiene realmente superiores a quienes rendir cuentas. No sé si seguiremos vigilando a Tanya o no. Sea lo que sea que hagamos, ahora será con más precauciones, dada la situación. En cuanto a lo demás, a las generalidades, seguiremos adelante. —Ella presionó los dedos contra sus labios, resistiendo la repentina y ilógica tentación de arañarse. No quería decir ninguna de estas cosas, ni las mentiras, y mucho menos los planes para seguir por el camino que llevó a Newton a la muerte. —Nos fortaleceremos, y seremos más inteligentes. Más poderosos. Si no sabes qué necesitas para resolver tus problemas, Damien, toma el control. El verdadero poder puede transformarse en casi cualquier otra cosa. —Eso le había dicho su abuelo hace mucho tiempo. A veces recordaba ese consejo, sobre todo cuando todo parecía ir mal. Como siempre, parecía más cierto que nunca. Quizá si hubiera sido más poderosa, la noche pasada tendría otras opciones.

—¿Eso es todo? —Damien se quedó en silencio, sacudiendo la cabeza—. Parece un niño perdido.

Sebastien suavizó su expresión. Con torpeza, se inclinó y lo envolvió en un abrazo que quizá fue el más incómodo que ninguno de los dos había experimentado. Ella generalmente no gustaba de tocar a las personas, y él claramente no lo esperaba. —A veces fracasamos. Pero eso no significa que estuviera mal intentarlo —dijo con voz temblorosa, pero firme—. ¿Recuerdas cuando observaste el cielo nocturno durante el ritual de aceptación? A veces las nubes ocultan las estrellas, pero el sol también es una estrella, y su luz nos llega incluso en la tormenta más feróz. Asumimos la responsabilidad por las cosas que están a nuestro alcance, y seguimos adelante. Porque, ¿de qué serviría si no? ¿De qué habría valido todo esto?

Ella no sabría decir si lo que decía tenía sentido o si siquiera ella misma creía en ello. Pero se apartó y mantuvo su mirada fija en la de Damien, intentando transmitir esa sensación de estabilidad que tan poca tenía en ese momento.

Temblaba ligeramente, pero se recompuso con determinación, enderezándose. “De acuerdo.”

Ella dudó, luego dijo, “Podemos hacer algo por Newton, aunque ya no esté aquí. Tuvo una familia. La cuidaba mucho.”

Damien apretó los labios, sus ojos se volvieron vidriosos mientras asentía con rapidez. “Sí.”

Se sintió incómoda al dejar a Damien en un estado de evidente vulnerabilidad emocional, pero le parecía aún menos atractivo permanecer en los dormitorios. Necesitaba escapar. “Quizá deberías ir a casa, a Westbay Manor, por unos días,” sugirió.

Damien le respondió con un encogimiento de hombros.

Con otro apretón incómodo en su hombro, Sebastien se apartó, dejando a Damien solo en los dormitorios tras ella. Sus palabras de consuelo resonaban vacías en sus oídos, mientras ella se abrazaba a sí misma, clavando sus dedos en sus brazos hasta que sus articulaciones dolían y el dolor sordo de una futura contusión comenzaba a florecer bajo su piel.

Cogió los tubos a lo largo de los acantilados blancos y llamó a un carruaje, sin importar el coste. “Lléveme a Westbay Manor,” le ordenó al cochero.